





[www.loqueleo.com/ec](http://www.loqueleo.com/ec)

© 2011, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-820-4

Derechos de autor: 004651

Depósito legal: 036164

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Febrero 2011

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Julio 2017

Décima impresión en Santillana Ecuador: Mayo 2018

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Guido Chaves

Actividades: Marlon López

Corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Juan Carlos Carrera

Supervisión editorial: Alejo Romano

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Llevo 3000 años pintando

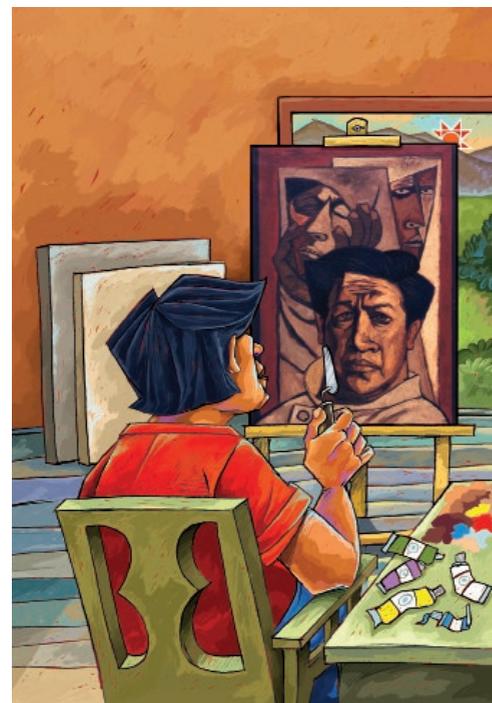
## La historia de Oswaldo Guayasamín

Edna Iturralde

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleo



*A los hijos e hijas del maestro  
Oswaldo Guayasamín*



*Las ramas de un árbol nacen de un mismo tronco.  
Pero son las hojas del ramaje, unidas unas a otras,  
las que le dan vida y lo hacen perdurar.*



<b>CAPÍTULO 1</b>	
Un misterioso lienzo .....	15
<b>CAPÍTULO 2</b>	
La piedra donde se amarra el sol .....	23
<b>CAPÍTULO 3</b>	
Con el Inca .....	28
<b>CAPÍTULO 4</b>	
Rumiñahui .....	31
<b>CAPÍTULO 5</b>	
Un bebé feo .....	38
<b>CAPÍTULO 6</b>	
El mejor chofer de la ciudad .....	43
<b>CAPÍTULO 7</b>	
Luna panzona .....	48
<b>CAPÍTULO 8</b>	
Un cielo de color extranjero .....	54
<b>CAPÍTULO 9</b>	
Soy inculto .....	57

<b>CAPÍTULO 10</b>	
De tal palo, tal astilla .....	62
<b>CAPÍTULO 11</b>	
Los saltamontes del Itchimbia .....	68
<b>CAPÍTULO 12</b>	
En la quinta Rosaura .....	73
<b>CAPÍTULO 13</b>	
Un beso envuelto en papel de estaño .....	79
<b>CAPÍTULO 14</b>	
El amigo .....	84
<b>CAPÍTULO 15</b>	
El arte llega de noche .....	91
<b>CAPÍTULO 16</b>	
Alas que empiezan a crecer .....	97
<b>CAPÍTULO 17</b>	
Porque te gusto .....	102
<b>CAPÍTULO 18</b>	
Viaje hacia la Costa .....	107
<b>CAPÍTULO 19</b>	
Pintor de barcos .....	112
<b>CAPÍTULO 20</b>	
Cómo coger un pincel .....	116
<b>CAPÍTULO 21</b>	
La cantera .....	122

<b>CAPÍTULO 22</b>	
Quien lleva la antorcha .....	127
<b>CAPÍTULO 23</b>	
El arte de un pintor .....	134
<b>CAPÍTULO 24</b>	
Mr. Rockefeller .....	139
<b>CAPÍTULO 25</b>	
Cuatro jinetes en un templo .....	147
<b>CAPÍTULO 26</b>	
Nuestra América y sus dolores .....	153
<b>CAPÍTULO 27</b>	
Solamente el barro y el viento .....	158
<b>CAPÍTULO 28</b>	
Por el Camino del Llanto .....	165
<b>CAPÍTULO 29</b>	
Pintor de Latinoamérica .....	172
<b>CAPÍTULO 30</b>	
El gran premio .....	177
<b>CAPÍTULO 31</b>	
La Edad de la Ira .....	181
<b>CAPÍTULO 32</b>	
La vida continúa arrasando todo .....	186
<b>CAPÍTULO 33</b>	
La Fundación Guayasamín .....	195



<b>CAPÍTULO 34</b>	
La Edad de la Ternura .....	201
<b>CAPÍTULO 35</b>	
La Capilla del Hombre .....	206
<b>CAPÍTULO 36</b>	
El túnel de luz .....	210
Bibliografía .....	215
Biografía .....	217
Cuaderno de actividades .....	219

## CAPÍTULO 1

### Un misterioso lienzo



El pintor observó los contornos del volcán Pichincha con el mismo sentimiento de cariño con que lo venía haciendo desde que tenía siete años. Era más que cariño; era un amor conocido, familiar, ese que se siente por los hermanos, los abuelos, los primos o los tíos. Seguramente se debía a que, de acuerdo con la mitología andina, las montañas tienen características humanas y, en aquel caso particular, la montaña estaba formada por Rucu Pichincha, el padre viejo y consumido, y Guagua Pichincha, el joven adolescente cuyo ardiente cráter aún se hallaba en constante actividad. Piedras duras, aristas, quebradas, tierra prieta, cangahua blanda y arenosa, en partes. El pintor se consideraba una extensión de la montaña; un hermano. En aquel momento de su vida pensó que debía sentirse más cercano al Rucu: viejo y apagado, pero en realidad se identificaba con el otro, el volcán vivo, y quizá por eso durante una reciente entrevis-

ta, en una erupción de entusiasmo, había expresado su deseo de tener más hijos.

Caminó hacia su estudio. Abrió la puerta y un rayo de luz se apresuró a llegar primero y golpear un lienzo en blanco. El pintor se estremeció. Siempre le sucedía lo mismo antes de comenzar a pintar un cuadro: el miedo se le subía de los pies a la cabeza, un miedo lleno de energía, como una descarga eléctrica. Embadurnaba un pincel con pintura negra de una mesita pequeña donde tenía los colores y que utilizaba en vez de una paleta; realizaba una especie de baile ritual, dando pasitos como un banderillero en una corrida de toros; contenía la respiración y se lanzaba contra el lienzo para dar el primer pincelazo. Retrocedía. Su mirada iba del pincel a la línea trazada. Se relajaba y volvía a respirar. «Ya está. Ya va saliendo todo de mí», pensaba. Solo ahí empezaba un cuadro.

Pero esa tarde solo se detuvo delante del lienzo.

No sintió miedo.

No embarró la espátula de pintura negra.

No hizo el baile ritual.

No sintió ansias.

Sintió curiosidad.

Nunca se había preguntado qué habría detrás de un lienzo en blanco. ¿Se encontrarían sus sueños? ¿Su futuro? ¿Su pasado? Un antiguo pasado que era la concep-

ción que tenía de su pintura: que llevaba miles de años pintando, que él era el heredero de un arte milenario que corría en su sangre indígena a través de sus venas.

SOYCOMOUNCLAVOENUNMISMOSITIO.CADAVEZ,COMOSI  
ALGUIENGOLPEARAESECLAVOCONINDECLINABLETORTURA,  
VOYAHONDANDOMÁS YMÁS DENTRODEMÍMISMO,DENTRO  
DEMIGRUPOHUMANO,DENTRODEESTECONTINENTE,DEN-  
TRODELATRADICIÓNDEMILESDEAÑOSDECULTURAQUE  
TENEMOS. ESTA ES LA RAÍZ DE DONDE NACE EL ÁRBOL<sup>1</sup>.

Colocó las manos sobre el lienzo. Al sentirlo templado en el bastidor como un tambor, lo golpeó una y otra vez. El sonido rítmico se metió en su piel. Quiso retirar las manos y no pudo. Trató con toda la fuerza de su cuerpo y el lienzo se rasgó, abriéndose como una puerta. Entonces, cayó de rodillas al otro lado y se golpeó la cabeza.

Se puso de pie maldiciendo por haber roto un lienzo tan grande. La cabeza le dolía y cerró los ojos. Al abrirlos, retrocedió asustado. No estaba en su estudio sino en un pequeño bosque de árboles retorcidos. El pintor se frotó la frente adolorida, concluyendo que debió haberse desmayado y que alguien lo había llevado a aquel lugar, o quizá estaba ofuscado.

<sup>1</sup> Palabras de Oswaldo Guayasamín.

Se apretó las sienes con los dedos y cerró los ojos, concentrándose en recuperar el conocimiento. Al abrirlos, no solo que el bosque no había desaparecido sino que un sendero se desplegó delante de él, y sus pies, que curiosamente se hallaban descalzos, empezaron a recorrerlo con una fuerza sobrehumana hasta llevarlo a la cima de una colina.

18

El valle que se extendía debajo habría sido un desierto de no ser por los pequeños bosques de acacias que se alzaban en círculos verdes. Allí, un grupo de hombres cubiertos solamente con taparrabos trabajaba en una construcción. El pintor los miró resignado. Había escuchado que los golpes en ciertas partes de la cabeza producían alucinaciones pero no tenía idea de que podían durar tanto.

Un viejo flaco, cuya piel a duras penas evitaba que las costillas escaparan, lo llamó con gestos y extrañas palabras.

—¡Voy, voy ahora mismo! —gritó el pintor, y se sorprendió al ver que no solo podía entender sino hablar aquel idioma.

El viejo, que parecía tener prisa por comunicarse, no esperó a que bajara de la colina sino que fue a su encuentro.

—¿Eres el único enviado? —preguntó el viejo a pocos metros del pintor.

—No lo sé —contestó el pintor con sinceridad, sintiéndose demasiado confundido para razonar.

—¿Cómo te llaman? —volvió a preguntar el viejo llegando a su lado.

—Oswaldo. Oswaldo Guayasamín —respondió el pintor.

—Ese no es un nombre de esta zona. ¿De dónde vienes? —lo interrogó con suspicacia el viejo—. Porque, si eres un espía, te decapitaremos. —La amenaza fue hecha en tono tranquilo.

—¿Es esto una broma, una escenificación de un teatro? —por fin reaccionó Oswaldo, pensando es-

19



pecialmente en su viejo amigo Jorgenrique Adoum, a quien le encantaba tomar el pelo a la gente y, en particular, a él.

El viejo lo escudriñó de arriba abajo. De pronto, una luz de reconocimiento apareció en sus ojos casi totalmente cubiertos por los párpados. Asintió y le dio una palmada afectuosa en el hombro.

20 —Por supuesto, eres *Ave-Blanca-que-Vuela*. No te ofendas. Debí haberte reconocido de inmediato pero hace tanto tiempo que no te veía, hijo de mi hijo. Has demorado mucho en regresar a Sechín. Mira, estamos terminando el templo —dijo con orgullo.

«¡Sechín! Estoy en Sechín, en Perú. Estuve aquí de paseo con mi hija Verence en 1970. Conocimos las ruinas del templo que ahora están acabando de construir. Pero lo construyeron... ¡hace siglos! ¡Hace tres mil ochocientos años!», pensó Oswaldo.

El viejo lo empujó con suavidad, insistiendo en que fuera con él. Oswaldo caminó hasta llegar adonde estaba el grupo de hombres.

—¿Estoy soñando? —se preguntó a sí mismo.

—Hijo, si has ingerido la bebida que utilizan los chamanes para viajar por el infinito, no lo sé y espero que no lo hayas hecho porque no te correspondería, pero sí te puedo asegurar que esto no es un sueño. Mira, mira, *Ave-Blanca-que-Vuela*, este es el templo que hemos dedicado a nuestra victoria. ¡Aquí



están representados los cuerpos de los enemigos sobre quienes hemos triunfado!

Oswaldo siguió el dedo tembloroso del viejo.

—Toma, aquí tienes los instrumentos que precisas para trabajar.

21

El viejo le presentó una piedra puntiaguda y otra redonda y lisa por el uso.

Al sentir el viento en su cuerpo, Oswaldo se dio cuenta de que él también se encontraba cubierto por un taparrabos. El complejo ocupaba unas cinco hectáreas pero el área principal tenía siete estructuras de adobe y un edificio central: el templo, con dos plataformas. En una de las paredes vio la figura de un pez y la de un hombre sangrando. Fuera, en los monolitos, los hombres tallaban partes del cuerpo humano. Sabía que los dibujos representaban el mar, los dioses de la lluvia, los guerreros-sacerdote que sostenían un cetro o un arma, y los otros eran despojos de las víctimas: cabezas, piernas, brazos, vísceras y ojos encima de una puerta. Ojos que observarían el pasar del tiempo.

«Pero... si este es el expresionismo que yo he pintado. Ya lo comprendo. ¡No es de la escuela alemana, es nacido aquí, de mis raíces, es algo que llevo dentro